

## **Lucha de clases y recomposición política en la crisis**

**Sandro Mezzadra y Toni Negri**

Uninomade 2.0 (12.01.2010)

<http://uninomade.org/lotte-di-classe-e-ricomposizione-politica-nella-crisi/>

Versión castellana de la Universidad Nómada

En el otoño del año pasado, en el que la crisis económica global ha atacado a Europa con particular violencia —poniendo en cuestión no sólo los últimos vestigios de un "modelo social" centrado en las políticas de Welfare, sino incluso el sostenimiento mismo de la integración monetaria—, las luchas han experimentado un salto cualitativo. La continuidad de las prácticas de resistencia cotidianas, la microconflictualidad permanente, se ha visto felizmente interrumpida por acontecimientos y revueltas de gran contenido simbólico que nos permiten, si las observamos en su conjunto, percibir un cambio en el significado político de las resistencias mismas: el movimiento de huelga social contra la reforma de las pensiones en Francia, los movimientos en Londres contra el aumento de las tasas universitarias, la movilización de los estudiantes griegos y la lucha contra la "reforma" Gelmini en Italia han quebrado cualquier posible simulacro de pacificación social en el seno de la crisis. Las características particulares de cada uno de estos movimientos no han impedido que supieran hacer coagular sujetos e intereses heterogéneos, mostrando así una homogeneidad de comportamiento, de reivindicación y de lenguaje que prefigura —al menos potencialmente— un ciclo de luchas a escala continental (al mismo tiempo, lo que está sucediendo en estos días en Túnez y Argelia nos obliga de inmediato a descentrar y ampliar nuestro punto de vista sobre la escala de las luchas).

Será necesario volver lo antes posible a esta cuestión de la dimensión europea de las luchas. Por el momento, nos limitaremos aquí a avanzar unas pocas reflexiones sobre aquello que nos parece el problema esencial que plantea su desarrollo mismo. Debemos ser conscientes de que el asunto que se deriva de la duración, la circulación y la aceleración de la lucha de clases en la crisis —una lucha que, hasta ahora, sólo los empresarios han sabido gestionar con consciencia—, así como el asunto que plantea la multitud de quienes trabajan con sus brazos y sus mentes, no es otro que el de la

recomposición política. "Nos roban el futuro", es el lema que resuena de Londres a Túnez: debemos empezar a conquistar ese futuro apropiándonos del presente, construyendo un horizonte político de radical alternativa. El tema se plantea, en términos concretos, de acuerdo al menos con dos diferentes temporalidades. La primera es la temporalidad del presente, que implica a los estratos de la fuerza de trabajo cognitiva e industrial más expuestos en lo que respecta a sus salarios, sus garantías y sus "derechos" (los conflictos de la Mirafiori son un buen ejemplo en Italia de cómo se compenetrán estos tres aspectos, mientras que el extraordinario movimiento de luchas migrantes que se ha desarrollado entre octubre y noviembre pasados, mediante la ocupación de una grúa en Brescia, nos ha mostrado algunas otras características que resultan esenciales). Ese ataque a los salarios, a las garantías y a los derechos produce desclasamiento y empobrecimiento de los proletarios, en particular de sus capas juveniles. Desde hace 35 años —es decir desde mediados de los años setenta, que es cuando se extiende el desempleo masivo derivado de la crisis del "fordismo"— los jóvenes se han convertido, como dicen los sociólogos, en una pura variable de ajuste del mercado de trabajo; una modalidad que adquiere, en Italia y otros países de la Europa meridional, características particulares sobre las que resulta imposible extenderse aquí. Desempleo porcentual joven masivo, precarización, agrandamiento de las bolsas de trabajo casi o por entero gratuito (stages, interinajes, trabajo carente de seguridad social), nueva pobreza, rebajas salariales y de los niveles de vida, imposibilidad de sostener una independencia personal, carencia de políticas de salud, vivienda, etc. En suma, tal y como han comprendido bien quienes se han manifestado en otoño, ausencia total de un horizonte futuro legible: éstas son las condiciones que han sido creadas para la juventud y que afectan ya por igual a los trabajadores y trabajadoras industriales y a la fuerza de trabajo intelectual, pues resultan casi totalmente intercambiables en este orden de cosas.

La segunda temporalidad es la que se refiere a la duración: la que une ahora ya de manera indisoluble a las generaciones jóvenes y a las viejas, porque ambas se encuentran en peligro por culpa de la reducción generalizada de los derechos sociales y la regresión del sistema social del Welfare. Triunfa un capitalismo de la renta que ha invadido la sociedad bloqueando toda movilidad y succionando hacia el abismo de la miseria tanto a los viejos como a los jóvenes. El desclasamiento de los jóvenes (quienes son ya más pobres que sus padres, teniendo además menos perspectivas: poquísimos jóvenes pueden pensar en ser ahora o en un futuro más ricos que sus progenitores)

arrastra incluso a los más ancianos a la triste perspectiva de tener que mantener a sus hijos durante un tiempo prolongado, mientras que el trabajo de cuidados —que se ha desarrollado predominantemente entre las mujeres migrantes— se reorganiza a escala transnacional para asistir a los ancianos, forjando nuevos modelos de subordinación y explotación basados en el género y en el origen geográfico. Frente a esta situación, si la resistencia no se generaliza, no será eficaz. Los jóvenes son, ciertamente, los más activos. Las luchas han mostrado ya poseer grados de recomposición muy avanzados. En Francia, Gran Bretaña, Grecia e Italia, las luchas juveniles han anticipado cuál habrá de ser la recomposición social en el actual ciclo de lucha de clases. Las características de esta resistencia se ven ejemplificadas en una serie de comportamientos relevantes que, lejos de tratarse de meras respuestas a las "estrategias del shock" neoliberales, indican más bien una resistencia generalizada e intergeneracional, que se opone, mediante movilizaciones puntuales, a los golpes que recibe la multitud proletarizada. Mencionemos algunas de estas características:

1) En primer lugar, como ya se ha dicho, el protagonismo de los estudiantes medios y universitarios: en Gran Bretaña contra el aumento de las tasas; en Italia contra la "reforma" Gelmini y ahora al lado de los obreros metalúrgicos contra el plan Marchionne; en Francia, implicados en las luchas por las pensiones. Este protagonismo revela una gran madurez y radicalidad, fruto de la acumulación de todas las movilizaciones de estos últimos años y de la fecundación recíproca de las experiencias vividas en el campo de la formación y en el profesional.

2) En segundo lugar, la movilidad interprofesional que rompe con las divisiones empresariales y sindicales. Esta unidad se nos ha revelado especialmente en Grecia. En Francia, la movilidad territorial de los grupos en lucha ha mostrado, en otoño del pasado año, una originalidad formidable: el bloqueo de la producción y de la circulación de mercancías se ha convertido en un medio interprofesional de lucha, en el sentido de que estas acciones de bloqueo (de autopistas, estaciones, aeropuertos, almacenes de combustible, etc.) no eran llevadas a cabo solamente por los trabajadores del sector interesado, sino que eran modos de acción estudiados en función de su impacto político y organizados sobre una base interprofesional (como ha sucedido en los piquetes a las puertas de las refinerías). En Italia, en este terreno, cabe considerar la adhesión y la simpatía mostradas hacia las luchas estudiantiles por parte de los barrios de la periferia

metropolitana, y más en general el gran consenso del que ha gozado el movimiento contra la ley Gelmini incluso después de los enfrentamientos del 14 de diciembre en Roma.

3) Resulta fundamental el tema del "común" y su reapropiación; su centralidad se está imponiendo en el seno de las reivindicaciones, objetivos y lenguajes de todos los movimientos, pues emerge de manera cada vez más clara como un horizonte para la recomposición de éstos. La cuestión que se plantea en este caso es la de cómo dismantelar los privilegios de las rentas financiera e inmobiliaria que condicionan ya totalmente la vida y la producción. Tanto los movimientos sociales como las luchas sindicales o aquellas en torno al Welfare, sitúan este tema en el centro. El hecho de que el Estado, tanto el estadounidense como todos los demás, haya gastado en primer lugar el dinero público para financiar la banca, representa el mayor escándalo del nuevo siglo y el mayor insulto que se puede proferir al común.

Nuestras sociedades se encuentran en una condición extraña, las dificultades se acumulan y el capitalismo no parece encontrarse en disposición ni de dialogar ni de permitir actuar fuera de él. En su momento explicamos por qué resulta imposible un New Deal que atacase la crisis actual para resolverla, y en otro momento señalamos cuán singular es la condición bajo la que vivimos: "al igual que, antes de la Revolución Francesa, no había otra cosa que el Antiguo Régimen, tras el vacío presente no podrá sino ejercerse una asamblea constituyente de todas las clases, lo que significa producir una mejora extrema de la situación de los pobres. Los movimientos deben dirigir este salto". Se podría añadir, por hacer el argumento más claro, que, como dicen los sociólogos, en este periodo se concentran los tres grandes hándicaps característicos del bloqueo que se produce en los periodos prerrevolucionarios: "una deuda masiva del consumo y del Estado, que impide elaborar políticas públicas de inversión ambiciosas; las frustraciones sociales ligadas a una acumulación de promesas insatisfacibles; una governance de los países desestabilizada y cada vez más difícil de lograr, en un contexto en el que ninguna autoridad resulta ya aceptada". Cuando el capital y su organización social y política están mal, es ahí donde debemos golpear. No hay intereses generales que defender, sino un interés común que construir e imponer, y ese común va en contra de la apropiación capitalista del trabajo, de la riqueza y del saber.

En esta situación, una pregunta circula insistentemente en el seno de los movimientos y

de las multitudes en lucha en toda Europa: ¿qué significa hoy "huelga general"? Significa recomposición de la lucha, no sólo en torno a objetivos particulares como pueden ser los intereses de los metalúrgicos, los migrantes, los investigadores precarios, etc. La huelga general debe tender a ser la expresión reivindicativa y conflictual esencial de la heterogeneidad constitutiva del trabajo vivo contemporáneo. No puede ser solamente sindical: debe ser política, incidir en la dimensión inmediatamente social del trabajo y de la cooperación, pues es allí donde se implanta la heterogeneidad. Y ni siquiera la huelga general podrá suscitar la ilusión de un gran acontecimiento que cambia el curso de la historia: su temporalidad misma no puede ser ya otra que la del movimiento, capaz de extender progresivamente su propia fuerza por todo el arco de la producción social y de bloquear realmente los circuitos de valorización, de poner en desuso los dispositivos de apropiación capitalista de la riqueza común. Hay algo que sigue siendo verdad: la huelga general debe determinar una recomposición política para transformar la sociedad y, por tanto, debe producir efectos constituyentes, tener la fuerza de fijar objetivos comunes. No tenemos respuestas sencillas a las preguntas y a los problemas que esta afirmación inevitablemente suscita: sabemos sin embargo que éste es el terreno en el que debe medirse la experimentación y la acción durante los próximos meses.

¿Podrá el sindicalismo (aquella parte del mismo que rechaza convertirse en una correa de transmisión del mando capitalista en la fábrica y en la sociedad) confluir en un programa del común? No es fácil, todavía. Es un problema difícil, así planteado. En efecto, resulta más que evidente que la universidad es un común inmediatamente reapropiable (aunque imponer y organizar políticamente esta evidencia resulte bien complejo). Pero ¿qué quiere decir que la fábrica es un común? Nada, si tomamos esa afirmación en términos ideológicos, pues nadie cree ya en la autogestión. Y aun así, que la fábrica sea un común, no puede significar sino que debe ser reapropiada por parte de la multitud. El común es un programa de reapropiación incluso para la fábrica: y este programa no puede prescindir de decisiones cruciales al respecto de cómo y qué producir. Ello permite vislumbrar algunas condiciones fundamentales, en concreto la invención de nuevas instituciones y prácticas democráticas que permitan conducir a la banca y a todos los instrumentos financieros hacia la condición de servicios públicos, así como decidir en común la distribución financiera. Grandes problemas que, somos conscientes de ello, estamos aún por comenzar a afrontar a cara descubierta.

Por lo tanto, la huelga general deberá (si no quiere ver su cabeza cortada) proponer instituciones de la democracia y de la reapropiación social. Siempre hemos pensado que la producción se realiza ya esencialmente sobre el territorio metropolitano, en una escala completamente social. Es en este terreno que se organizaron las Cámaras del Trabajo (y del no trabajo, de los desempleados, de los precarios) de trabajadores, migrantes y estudiantes: una institución capaz de luchar por la redistribución del tiempo de trabajo a nivel social, para sostener así la auformación permanente y construir una nueva governance de la multitud. Ya en los años setenta se desarrollaron ejemplos de esta gestión democrática del territorio (de los comités obreros a los consejos de fábrica, de los comités por la vivienda a aquellos otros en las escuelas, etc.): se trataba de los movimientos obreros y proletarios planificando las luchas por la conquista del Welfare a nivel social. Hoy, se trata de actuar contra el capital financiero y contra las clases beneficiadas por la renta financiera e inmobiliaria, luchando por ejemplo contra el chantaje de la deuda que se quiere generalizar como una forma de control sobre la vida y sobre la cooperación. Este frente de lucha es metropolitano y social. La huelga general deberá dejar, en el terreno metropolitano, algunos puntos de fuerza, instituciones que sepan construir una alternativa política al liberalismo.